

La crisis económica, la limitación de movimientos y la precariedad sanitaria complican aún más la situación de los que huyen de su hogar en busca de una vida mejor

COVID-19 y migración irregular

Teniente coronel Alberto José Lens Blanco
Gabinete del SEGENPOL

YA nadie duda que la crisis sanitaria provocada por la enfermedad del SARS-CoV-2 es la más grave que ha visto esta generación y la más dura desde aquella otra de comienzos del siglo XX conocida como la gripe española. Aquella pandemia de hace un siglo infectó a alrededor de 500 millones de personas, es decir, aproximadamente a un tercio de la población mundial en aquel momento, y se estima que mató a entre 17 y 50 millones entre marzo de 1918 y marzo de 1920, en tres oleadas diferentes.

La pandemia actual todavía está lejos de esos números, pero su impacto está siendo enorme y ningún continente, salvo la Antártida, se ha librado de sus dramáticas consecuencias. En el momento de escribir estas líneas la Organización Mundial de la Salud (OMS) cifra en 4.618.821 los casos confirmados y 311.847 los fallecidos en todo el mundo.

Para poner coto a esta enfermedad y tratar de evitar una propagación como la de hace cien años, se han tenido que tomar una serie de medidas que también han puesto a la economía mundial en cuarentena. Esta congelación simultánea de actividades productivas en todos los lugares del planeta tampoco tiene precedentes. Tal es así, que el Fondo Monetario Internacional (FMI) pronostica que la economía mundial se contraerá un 3 por 100 en 2020, es decir, una caída de casi un 6 por 100 en relación a 2019. Por si eso no bastase para preocuparnos, el FMI también señala en sus informes que existe un riesgo sustancial de recesión económica conti-

nuada hasta 2021, por lo que podríamos estar enfrentándonos a la mayor crisis desde la segunda guerra mundial.

Como consecuencia de esta contracción de la actividad económica, algunas estimaciones señalan que entre 40 y 60 millones de personas caerán en el pozo de la pobreza extrema. De hecho, es probable que el COVID-19 provoque el primer aumento de la pobreza a nivel global desde 1998. De entre todas las regiones del mundo el África subsahariana será la más golpeada por este empeoramiento de las condiciones de vida de la población. Además de los efectos sobre la salud y la economía, esta pandemia está teniendo un impacto muy negativo en la educación, con el 70 por 100 de los estudiantes de todo el mundo afectados por el cierre de los centros educativos.

CRISIS GLOBAL

Si analizamos esta inminente crisis económica con el prisma de la migración, el horizonte resulta todavía más sombrío, pues sabido es que los migrantes tienden a ser particularmente vulnerables a las situaciones de aumento del desempleo y alta inflación, que son precisamente los riesgos económicos más acuciantes a los que se enfrentan los países de acogida de migrantes de acuerdo a una evaluación llevada a cabo por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE).

En este sentido, el Banco Mundial estima que las remesas mundiales que los migrantes envían a los países de origen descenderán



Ángel Medina/EFE

en un 20 por 100 (en el año 2019 los países en vías de desarrollo recibieron más de 550.000 millones de dólares en remesas internacionales).

Este drástico descenso afectará a sus economías de una forma notable, pues se trata de una fuente de financiación importantísima que ha servido para sacar a cientos de millones de personas de la pobreza en la última década. Además, este dinero enviado por los migrantes ha contribuido a empoderar a las mujeres ya que han podido asumir un papel más importante en la toma de decisiones financieras, lo que finalmente ha repercutido en mejoras en las condiciones de salud y educación de sus comunidades. Para empeorar todavía más la situación, se prevé que la importancia relativa de los flujos de remesas como fuente de financiación externa sea todavía mayor durante el tiempo que dure la crisis.

La política de restricción de movimientos que se ha extendido por todo el planeta, incluido el cierre de fronteras, tampoco tiene precedentes. Algunas estimaciones aseguran que estas limitaciones de movimiento han afectado al 90 por 100 de la población mundial. Los migrantes de cualquier condición, ya sean refugiados que huyen de situaciones de violencia o migrantes económicos en busca de trabajo, no son ajenos a estas prohibiciones para des-

plazarse. De hecho, a mediados de marzo el Alto Comisionado para los Refugiados (ACNUR) y la Organización Internacional para las Migraciones (IOM) anunciaron que suspendían temporalmente el reasentamiento de refugiados y migrantes a consecuencia del COVID-19.

Las rutas africanas de migración irregular que convergen en Europa a través del Mediterráneo también se han visto fuertemente afectadas por las restricciones a la movilidad. Un estudio llevado a cabo por la IOM que abarca el periodo comprendido entre enero y abril de este año ha concluido que se ha producido un descenso del 48 por 100 en los movimientos de algunas de estas rutas, como las que atraviesan Camerún, Malí, Níger y Nigeria.

*Hay 20.000
migrantes
atrapados entre
fronteras por la
restricción de
movimientos*

Otro de los datos relevantes obtenidos con este análisis es que se estima que solamente en esta zona unos 20.000 migrantes se encuentran atrapados sin poder avanzar para cruzar las fronteras que les lleven a sus destinos finales o en cuarentena tras haber conseguido cruzar dichas fronteras. En el este del continente la situación es todavía más acusada. Así, la ruta que desemboca en Yemen procedente del Cuerno de África se ha visto reducida en un 74 por 100 entre marzo y abril.



Angel Medina/EFE

LOS MÁS VULNERABLES

La situación de estos migrantes, la mayoría en manos de mafias a las que han entregado todos sus ahorros, puede volverse crítica y a muchos no les quedará otra opción que intentar llegar a sus destinos soñados como sea. Además, no debemos olvidar que, en la actualidad, África registra más de 25 millones de personas desplazadas debido a situaciones de conflicto e inseguridad. La mayoría de estas personas desplazadas provienen de países como la República Democrática del Congo, Sudán del Sur, Somalia, Etiopía, Sudán, Nigeria, la República Centroafricana y Camerún. Muchos de estos refugiados se encuentran malviviendo en asentamientos temporales saturados que hacen que estas poblaciones sean muy vulnerables al contagio de enfermedades como la provocada por el coronavirus.

Por otro lado, la extensión de la pandemia en África todavía genera muchas incertidumbres en un continente cuya población ronda los 1.300 millones de personas y que según un estudio de 2016 alberga a 22 de los 25 países más vulnerables a las enfermedades infecciosas.

La OMS es pesimista en cuanto a la evolución del virus en el continente y pronostica que habrá decenas de miles de muertes africanas por esta causa, a pesar de que en el momento de cerrar estas líneas, las estadísticas de la enfermedad en el continente «solamente» reflejan 84.183 casos confirmados y 2.739 personas fallecidas aunque estas cifras no dejan de crecer. Es evidente que hasta el momento el impacto de la enfermedad es muy inferior al de otras regiones. Sin ir más lejos Europa, con una población de algo más de 740 millones de personas, registra ya 1.890.467 casos y 167.173 fallecidos.

Es claro que África no está preparada para combatir una pandemia como esta. En realidad ningún continente lo estaba, pero las deficiencias de los sistemas sanitarios en estos países son muy grandes y se reflejan en la falta de medios considerados imprescindibles para vencer esta enfermedad, como los respiradores o los test necesarios para la diagnosis.

Queda dicho que el COVID-19 amenaza además con condenar a la pobreza a millones de africanos pues se da por hecho que el

La pandemia en África genera incertidumbres por ser el continente más vulnerable a las enfermedades infecciosas

A N Á L I S I S

continente entrará en su primera recesión de los últimos 25 años, un pronóstico especialmente grave en una región donde uno de cada tres habitantes vive bajo el umbral global de pobreza. Por tanto, es posible que el hambre resurja con fuerza en áreas que parecían vislumbrar un horizonte más despejado, pues a la pandemia del coronavirus hay que añadir además una plaga de langosta en África Oriental o la actual sequía en el sur del continente, por no hablar de la persistencia de enfermedades en muchos de sus países, como la malaria o el SIDA, o los conflictos enquistados desde hace años.

REPERCUSIÓN EN EUROPA

Todo lo expuesto hasta ahora nos lleva a pensar que no puede descartarse un posible repunte de la migración irregular que converge hacia Europa en cuanto se relajen las medidas que constriñen la movilidad. Este cóctel de crisis sanitaria, económica, social y alimentaria podría empujar a miles de africanos a buscar una mayor seguridad dentro del espacio Schengen. De hecho, el miedo al virus ya ha provocado algunos movimientos de cierta intensidad en otros lugares del mundo donde las fronteras son más permeables, como los ocurridos entre Irak y Afganistán o entre este último y Pakistán.

Es evidente que la migración irregular no es un problema nuevo. Todavía está muy reciente en nuestra memoria la crisis de refugiados del año 2015 que hizo que se tambaleasen los cimientos de la Unión Europea. Aquel año emergieron «muchas ansiedades y temores existenciales y conceptuales sobre la identidad, seguridad y bienestar» (según publicaban en un artículo de la revista *Alternativas* los analistas Ayse Ceyhan y Anastassi Tsoukala) de los propios ciudadanos europeos con algunas consecuencias muy inesperadas como el *Brexit*.

La reacción a aquella crisis migratoria de hace cinco años provocó un cambio de enfoque que alejó a la Unión del modelo *soft-power* para ajustarse a la estrategia de la *Europa más fuerte*. En ese contexto se decidió implementar una operación militar para combatir a las mafias que trafican con migrantes, la operación So-

phia, ya extinta. El fortalecimiento de la Agencia Europea de la Guardia de Fronteras y Costas, que actualmente se encuentra inmersa en un amplio proceso de reclutamiento de personal, es otro indicador de la ruta emprendida hacia una mayor securitización de las fronteras exteriores de la Unión.

Recientemente se ha puesto en marcha otra operación de la Política Común de Seguridad y Defensa en las aguas del Mediterráneo, la conocida como operación *Irini*. Sin embargo, en esta ocasión, la tarea principal consiste en la implementación del embargo de armas de la ONU en Libia, mientras que el desmantelamiento del modelo de negocio de las redes de tráfico de personas ha pasado a ser una tarea secundaria. Si algo aprendimos en el año 2015 es que vale más prevenir que curar. De hecho, las instituciones y organismos de la Unión Europea recibieron muchas críticas por aplicar una política más reactiva que preventiva para abordar el problema de la migración irregular. Sin embargo, en la actualidad da la impresión de que este asunto vuelve a ocupar un segundo plano en las agendas de los líderes europeos.

El coronavirus ha provocado una nueva forma de inseguridad y ha contribuido a intensificar otras ya existentes en torno a la economía, la alimentación, la salud, la seguridad personal y la comunitaria. Los líderes europeos han tomado conciencia de la nueva amenaza. Tras la videoconferencia mantenida por

los ministros de Defensa de la Unión Europea del pasado 12 de mayo, el Alto Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, Josep Borrell, manifestó que «está claro que esta crisis tendrá consecuencias de gran envergadura para nuestras sociedades, para nuestras economías, pero también para nuestra política de seguridad y defensa».

Uno de los factores que puede contribuir a amplificar negativamente las consecuencias a las que se refiere el Alto Representante es una mala gestión de la migración irregular cuando esta se vuelve a presentar en nuestras fronteras exteriores. ■

